

alcanzar dimensiones irreversibles. Asimismo, se objeta el rumbo distorsionante que tomaba la industrialización, el auge de regímenes oligárquicos, el individualismo feroz, el caudillismo y el militarismo, la ética gladiatoria de la supervivencia y las prácticas imperiales. Uno de los textos más críticos en esa dirección, *Estudios Sociales*, pertenece al pensador uruguayo Víctor Arreguine, para el cual se ha exagerado la importancia del siglo XIX al pretender rechazarse todo lo anterior como inficionado por el oscurantismo. Por lo contrario, se trata de un siglo bárbaro, de iniquidad, mentiras y proceder antihumanos:

Francia misma, la teorizadora del derecho, de la belleza, de la moral, cometiendo injusticias sin nombre; el oro, ideal íntimo de cada ser: «gana dinero, hijo mío, si puedes honradamente, y si no puedes, gana dinero» (...) no es justo que mientras existen en el mundo personas con 400 leguas de campo, o con 600.000.000 de dólares, mate en la India el hambre millones de semejantes en un año (...). El robo, ese juego de azar, delito cuando lo practica el individuo, se da a sí propio el renombre de conquista y hasta de derecho cuando lo cometen naciones; las religiones afirman que el hombre que mata a su semejante, perpetra el mayor de los crímenes. Y el pueblo que extermina a otro pueblo va acompañado de oficios religiosos (...). El mismo poder moral de la cristiandad, ¿no echaba bendiciones a los españoles cuando iban a pelear contra Cuba, y no evitaba bendecirlos cuando iban a batirse con alguien más fuerte y no católico?

Una época en la cual predomina la violencia junto con la moral del temor y el castigo. En el siglo más sistemáticamente guerrero de todos, se han invertido enormes caudales en la técnica del exterminio para arrasar naciones enteras y se le ha asignado a cualquier cultura presuntamente superior el derecho de hundir a otra menos avanzada, aunque ésta última se encontrara en pleno desarrollo. Si bien se refuta el argumento *ad baculum*, que justifica el avasallamiento de los más débiles, la irresponsabilidad en el manejo delictuoso de armamentos también compete a los pueblos que se nutren de ilusiones patrióticas y alientan el mito del Estado.

Hasta un científico connotado, Eduardo Holmberg, coincidía en denunciar los atropellos cometidos durante el siglo pasado; un siglo esencialmente utilitario, desprovisto de inquietudes filosóficas, en el cual se ensayaron sin éxito las más diversas formas de gobierno y tentativas religiosas:

La Humanidad pasa actualmente por un período crítico, violentísimo, porque todas las fuerzas inteligentes, unidas a las fuerzas brutas, se han acumulado, se han aglomerado en este momento histórico, que podemos llamar

la aurora del siglo XX, pero de un modo ciego, porque se han aglomerado sin ideal (...) por todas partes el fierro, el noble fierro que marcó la prístina etapa del mayor progreso, se halla colocado al servicio de la crueldad y de la matanza; y el cerebro, esa nobilísima pasta encerrada en el cráneo, y que llegó un día en sus fulguraciones sublimes hasta crear un Dios para el consuelo y la esperanza, e inventar las matemáticas que son la encarnación del Infinito, torturándose para inventar nuevas crueldades, nuevas cadenas y nuevas hipocresías.

A diferencia del sentir hegemónico de la época, Holmberg desestima la relevancia de los notables en la transformación histórica y reivindica el papel creador de los sectores desposeídos.

Raza, civilización y moralidad

Según Robert Nisbet, antes de concluir el siglo XIX, millones de occidentales creían que el progreso, asociado con el poderío, implicaba un alto contenido etnocéntrico, mientras que influyentes ideólogos habían trazado una estrecha identificación entre el primer término y las características raciales, a las cuales les imputaban los triunfos y los fracasos en el acceso de la humanidad hacia formas más perfeccionadas. En esas concepciones, pretendidamente científicas, la raza aria, en su variante germánica y anglosajona, denota una franca superioridad tanto física como mental.

Dicha estimativa, acompañada por la potencia arrolladora que trasuntaban las naciones imbuidas de tales atributos, produjo una abundante bibliografía justificatoria que no dejó de manifestarse hasta en los países más afectados por ese estereotipo discriminatorio. Así, durante la década de 1890 no faltaron en América Latina –un continente postrado por la mezcla con raleas subalternas– quienes veían en los Estados Unidos a una hermana mayor, adalid de las libertades civiles y religiosas, vanguardia de la civilización moderna, la ciencia, la industria y la educación:

¡Yérgete justa y libra al oprimido!
 ¿No eres la libertad?
 ¡Y aclamen tus hazañas esta gloria,
 Madre de Lincoln, Washington y Grant,
 Hija robusta de Hércules y América!
 ¿Qué idea americana no te aplaude?

¿Qué americano pecho no se ensancha?
 ¡Oh, si hay alguno que tu nombre insulte
 Habrá nacido para ser esclavo
 Mas yo te grito: ¡Hurra!
 ¡Hurra! Que airada a castigar te aprestas
 La avaricia despótica de España!

(Guillermo Stock, «A la República Norteamericana»)

En una tesitura similar, tras la fulminante victoria norteamericana, se publican hasta en la misma España diversas obras que exaltan las cualidades anglosajonas y de los países septentrionales frente a las culturas restantes. Entre esas piezas antológicas se halla un libro del ensayista León Balzagette, *El problema del porvenir latino*, publicado en la Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales, orientada por una tónica institucionista pero que sin embargo ya había editado otros trabajos similares al del autor francés. Las propuestas de Balzagette, bajo supuestos organicistas, plantean la necesidad de regenerar la idiosincrasia latina, el genio nativo, sumido en una corrupción racial que le obstaculiza el ingreso en la modernidad. Entre los principales lastres en cuestión se encuentra el apego a la tradición romana y a la raigambre asiática, lo cual configura una auténtica patología con los siguientes rasgos caracterológicos: verbalismo e inacción; misticismo, sentimentalismo y ensoñación; brutalidad y afeminamiento. Un estilo de vida regido por las apariencias, las formalidades y la rutina le impide al latino captar la realidad y modificarla. A ello se le añaden diversas particularidades: la majestuosidad de los italianos, la infatuación ibérica y el chovinismo francés. Incapaces de adaptarse al régimen democrático y aferrados a una religión infantil como el catolicismo, los pueblos latinos, de contextura braquicefálica, representan el factor antieuropeo. En cambio, los pueblos nórdicos, arios puros, denotan una notoria supremacía biológica porque responden al tipo de dolicocefalo rubio, son sanos y robustos, resueltos y emprendedores, inteligentes y científicos. El siglo XIX constituye una edad maravillosa, porque en él se ha gestado la civilización occidental y, con la decadencia latina, se ha sellado la derrota del espíritu oriental en el Viejo Continente.

Para la distopía espartana de Balzagette, sólo una terapia muy intensiva permitirá reducir la extrema gravedad de los síntomas y eliminar el veneno mediante una laboriosa creación *ex novo* pero alejada de la vía jacobinista. Se partirá fundamentalmente de la reconstitución corporal de una raza exangüe y degenerada, educando a los niños con los mismos recaudos que se adoptan en la cría de caballos y perros cotizados. Las madres serán vigiladas por comités médicos y se prohibirá el matrimonio de quienes ignoren la puericultura. Los establecimientos instructivos se instalarán fuera de las ciudades, siendo los principales medios pedagógicos el aire libre, la gimnasia y el agua fría para aumentar las resistencias. Gran importancia revestirá la hidroterapia y la prohibición del alcohol, se apelará a la selección artificial, inhibiéndose la reproducción de los retardados, aislando a los discapacitados y fomentándoles toda clase de vicios para aniquilarlos rápidamente. Sólo se alienta la unión de personas antropológicamente superiores

para que engendren un pueblo nuevo sin sujetos pusilánimes ni neurasténicos, esmirriados o deformes. También se prevé la reforma mental, mediante una enseñanza adogmática a cargo del Estado, basada en conocimientos concretos, en el aprendizaje no de ideas sino de hechos, con un máximo de vitalismo y científicidad. Un plantel de eugénicos se enviará a países más adelantados donde vivirán en distintos hogares para integrarlos a una sociedad muy diferente y para lavar el cerebro latino de las falsedades que le oprimen. Junto con la refundición física y mental, se preconiza por último la purificación religiosa para extirpar el sólido resabio del catolicismo, cuyo culto será interdicto, expropiándose los edificios de una Iglesia que durante muchos siglos ha contrariado el interés comunal para reemplazarlos por la Casa del Pueblo.

Según Balzagette, todo ello constituye la única salida beneficiosa para deslatinizar, debiendo obviarse cualquier reclamo de libertad cuando ella es utilizada con fines nocivos. No obstante, el latino carece en ese esquema de suficiente capacidad como para salvarse solo, siendo indispensable que se lo dirija y se lo obligue. Nos movemos dentro del más dilatado spencerismo social donde, por una férrea ley de la supervivencia, los inservibles deben ser eliminados, así como las naciones anacrónicas tendrán que someterse a las más adelantadas, como es el caso de la formación social inglesa que encarna a la civilización industrial con su empuje irresistible: «Desde el fenicio al americano del Norte, desde el galo al boer, todos los grandes pueblos del mundo son y serán sucesivamente beneficiarios y víctimas de esta ley» (p. 182). Consiste en una «verdad cósmica» que para que unos países nazcan y se expandan es preciso que otros se reduzcan y desaparezcan; al avance de los unos corresponde fatalmente en el universo el descenso de los otros. La inferioridad de un pueblo se determina por su ineptitud para explotar los recursos que la naturaleza le ha proporcionado generosamente, verificándose además un abismo insalvable entre las élites y la masa.

Otros enfoques tienden a rechazar la sustentación teórica de tales aseveraciones, relativizando las diferencias raciales y la creencia en el progreso como la victoria de los más fuertes. Con ello se replantea el concepto de civilización y la misma idea de superioridad que la alimentaba. Por una parte, se trata de establecer varias distinciones:

- entre atraso –un estado con posibilidades de ascenso o mejora– e inferioridad, como condición intrínseca que imposibilita elevarse;
- entre desarrollo cerebral –que depende de la configuración biológica– y desenvolvimiento económico y político, fundado en las aptitudes humanas;